

LA OPOSICIÓN EN MÉXICO; EL CASO DEL HENRIQUISMO

OLGA PELLICER DE BRODY

UNA DE LAS PREGUNTAS más interesantes en el caso de los regímenes autoritarios se refiere a los mecanismos que operan para evitar el fortalecimiento de la oposición dentro de un sistema político. En este tipo de regímenes, la ausencia de una oposición organizada no se explica, necesariamente, por los altos niveles de represión. Se debe a la presencia de una serie de circunstancias entre las que se encuentran la influencia del Estado sobre las organizaciones de trabajadores, su amplio campo de acción para normar las actividades de todas las organizaciones políticas, y el carácter mismo de la oposición que, frecuentemente, es cooptada con relativa facilidad por la burocracia estatal.

En la vida política de México la historia de la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano (FPP), organización que participó en las elecciones de 1952 sosteniendo al general Miguel Henríquez Guzmán para presidente de la República, permite entrever algunas de las circunstancias anteriores. El henriquismo, como comúnmente se le conoce, presentó dos aspectos interesantes: obtuvo su registro como partido político en la Secretaría de Gobernación, lo que le permitió poner a prueba las posibilidades efectivas que se conceden a los partidos de oposición en México; asimismo, surgido de las filas mismas del PRI y habiendo tenido entre sus miembros a colaboradores conocidos de Cárdenas fue un buen ejemplo de las alternativas ofrecidas por lo que algunos analistas han llamado "la izquierda de la familia revolucionaria".

I. ORÍGENES Y CARACTERÍSTICAS DEL MOVIMIENTO HENRIQUISTA

Diversas circunstancias convergieron para que, a comienzos de los años cincuenta, una serie de personalidades políticas se aglutinaran en torno al viejo general revolucionario Miguel Henríquez Guzmán: la frustración experimentada por antiguos miembros de la familia revolucionaria ante su exclusión del ejercicio directo del poder durante la administración alemanista;

el malestar de colaboradores del general Cárdenas provocado, principalmente, por las rectificaciones hechas a su política en materia de reforma agraria; y el descontento difuso de los grupos populares, sobre todo campesinos, por el deterioro en su nivel de vida que resultó del freno a la reforma agraria y la política de contención salarial seguida durante los años cuarenta.

En la sucesión presidencial de 1946, el general Henríquez Guzmán —a quien se confió sofocar la rebelión de Cedillo en 1939— fue considerado como uno de los posibles candidatos del PRI a la presidencia de la República. Son conocidas las anécdotas sobre su viaje a Sudamérica durante el cual iba brindando con los embajadores mexicanos en honor de su designación. La elección de Miguel Alemán, primer civil que ocupa la presidencia de la República, y la formación posterior de un gabinete dominado por jóvenes universitarios, no podía dejar de molestar a los viejos generales que esperaban su turno para ocupar altos puestos en la administración. A su descontento se unió el de los antiguos colaboradores de Cárdenas que veían alarmados el giro de 180 grados que se había dado en materia agraria: el retiro sistemático de recursos de las zonas ejidales y, en contrapartida, la entrega de las tierras irrigadas en el norte del país a nuevos latifundistas cuyos intereses eran protegidos por los altos dirigentes gubernamentales. En el henriquismo convergieron así dos motivaciones no siempre claramente diferenciadas: el empeño en seguir participando en la “élite del poder”, y la voluntad de poner fin a la corrupción administrativa retomando, al mismo tiempo, ideales agraristas que tuvieron sus mejores épocas a finales de los años treinta.

Los creadores iniciales del movimiento fueron personalidades que habían ocupado altos puestos durante los regímenes de Cárdenas y Ávila Camacho. Entre ellos podemos citar a Pedro Martínez Tornell, ex-Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas que dirigió el Comité Coordinador Henriquista; a Bartolomé Vargas Lugo, ex-gobernador del Estado de Hidalgo que inició a lo largo de la República las Federaciones del Pueblo; a Ernesto Soto Reyes, líder del Senado en época de Cárdenas, que se encargaba del Comité Nacional de Orientación pro-Henríquez Guzmán; a César Martino y Wenceslao Labra, ex-director del Banco de Crédito Ejidal y ex-gobernador del Estado de México, respectivamente, que organizaron las Federaciones Campesinas de orientación henriquista. Junto a ellos se encontraban también miembros distinguidos del servicio exterior, nada menos que el embajador en Washington, Antonio Espinosa de los Monteros, y personalidades del ejército entre los cuales sobresalían Antonio Ríos Zertuche y Marcelino García Barragán.

Cuando estas personalidades iniciaron las organizaciones henriquistas to-

davía no tenían la intención de crear un partido político independiente. Querían impedir la selección de Casas Alemán como candidato del PRI a la presidencia de la República, presionar a la dirección del partido para que tomara en cuenta al general Henríquez Guzmán, e imponer ciertas normas de acción política como eran la mayor democratización en la selección de candidatos y la lucha contra prácticas administrativas seguidas durante el gobierno de Alemán.¹

El interés por trabajar dentro del partido oficial fue claro en las discusiones que siguieron a la formación de la federación campesina de orientación henriquista. Sus creadores —Labra y Martino— declararon entonces que la nueva agrupación podría:

en ejercicio de sus derechos, adherirse al PRI si así lo juzga conveniente y coexistir en su seno con la CNC de la misma manera que coexisten la CTM y CROC y otros...²

Pero tal no era la opinión de los dirigentes del PRI. El general Sánchez Taobada, después de comentar con indiferencia que no tenía conocimiento de que uno solo de los miembros del partido se hubiera alejado de la CNC para ingresar a la mencionada federación, señaló:

Los únicos que se han colocado al margen del Partido son los señores Martino y Labra que están actuando fuera de las normas de nuestra institución, hasta el punto de que indebidamente usan el nombre del PRI.³

El pretexto para colocar “al margen” del partido a los promotores de nuevas organizaciones campesinas era que el PRI había prohibido a sus miembros hacer propaganda con fines electorales; y las organizaciones que andaban promoviendo Labra y Martino se declaraban, abiertamente, a favor del general Henríquez para presidente de la República.

El asunto proporcionó la ocasión para una declaración de los henriquistas donde daban a conocer sus puntos de vista sobre el grado de libertad que tenían los miembros del partido al acercarse la sucesión presidencial.

¹ Nota característica del gobierno alemanista fue la existencia paralela de lo que se podría llamar “dos gabinetes”; de una parte, altos funcionarios públicos que acordaban directamente con el ejecutivo con respecto a las funciones que les tenían encomendadas; de la otra, el “grupo de íntimos”, personas con puestos menores en la administración, pero asiduos concurrentes a la casa del presidente, capaces de influir sobre sus decisiones, y principales beneficiarios de la corrupción de la época. Contra estos íntimos se dirigía la animadversión de muchos henriquistas. A ellos se referían cuando decían que Alemán había hecho de la administración pública “un botín particular”.

² *Tiempo*, 22 de diciembre de 1950.

³ *Ibidem*.

El Presidente del PRI —señalaban— puede invitar a los miembros del mismo a que aplacen la actividad política; pero no ordenar ni dar consignas categóricas impidiendo el ejercicio de los derechos cívicos comunes a todos los mexicanos, ni la práctica inherente a todo Partido... no está consignada la facultad para que el Presidente del Partido se arroge el papel de señalar la fecha exacta en que los miembros libres del Partido pueden tener sus opciones... a no ser que de antemano el presidente del PRI tenga su propio candidato y oponiéndose al libre juego de las discusiones políticas que son las que fortalecen el espíritu revolucionario.⁴

Lo que los henriquistas pedían era, nada menos, que el partido participara efectivamente en la designación del candidato presidencial y que la opinión de sus miembros al respecto se expresara abierta y democráticamente. Semejantes peticiones iban justamente en contra de las dos normas que, para entonces, eran fundamentales para el sistema político mexicano: el secreto extremo en torno a la designación del candidato presidencial, y la participación restringida, cuando no limitada exclusivamente al presidente saliente, en la nominación del candidato. No es sorprendente, por lo tanto, que los dirigentes priístas reaccionaran violentamente contra las pretensiones henriquistas; se sabe, sin embargo, que intentaron negociaciones secretas en las que, a cambio del mantenimiento de la disciplina interna, se ofrecía a los simpatizantes de Henriquez puestos de importancia en la próxima administración. Pero, confiados en la posibilidad de imponer sus puntos de vista, los henriquistas optaron por la creación de un partido político independiente.⁵

El prestigio de algunos henriquistas, la posibilidad de que contaran con el apoyo de hombres fuertes y el interés en proyectar una imagen democrática durante la lucha electoral influyeron para que la Secretaría de Gobernación concediera rápidamente el registro al nuevo partido. Así surgió, en marzo de 1951, la Federación de Partidos del Pueblo que procedió de inmediato a organizar la campaña en favor del general Henriquez. Una de las interrogantes más serias con respecto a la nueva organización era el grado de apoyo que le prestaba el general Cárdenas. Se sabía que Henriquez lo había visitado y mantenido largas charlas con él cuando la FPP era sólo un proyecto; se sabía también que personas muy cercanas al general: su esposa doña Amalia Solórzano y su hijo Cuauhtémoc, participaban con

⁴ *Excelsior*, 14 de diciembre de 1950.

⁵ No resulta fácil dilucidar cuáles fueron los motivos que llevaron a los henriquistas a confiar en la posibilidad de hacer sentir su peso a través de un partido político independiente cuando una de sus principales críticas a la situación existente era la de que se venía propiciando el fraude electoral. Esta contradicción permite preguntarse si, al menos para algunos líderes henriquistas, la FPP era simplemente un juego cuyo objetivo final sería tener influencia sobre el gobierno, pero no a través de los canales propios de un partido político.

gran entusiasmo en las organizaciones henriquistas. Sin embargo, la experiencia demostró que la FPP contó con la benevolencia, pero no la franca simpatía del divisionario michoacano. En sus apuntes, publicados después de su muerte, Cárdenas consignó su punto de vista sobre el partido henriquista de la siguiente manera:

Una tarde de marzo de 1951 me visitó el general Miguel Henríquez Guzmán y me hizo conocer su decisión de participar en la próxima campaña política como candidato a la Presidencia de la República y al preguntarme mi opinión, le manifesté que a la representación nacional sólo se llega por dos caminos, por voluntad unánime del pueblo, al grado que el gobierno se vea obligado a reconocer el triunfo o cuando el gobierno simpatiza con la candidatura en juego... Poco después partidarios de él lanzaban su candidatura... en todas las visitas que me hizo siempre encontró en mí al amigo, al compañero de armas, pero jamás recibió de mí promesas de que participaría yo en su campaña, ni llegué a estimular a ningún elemento para que se sumara a su candidatura.⁶

Sin contar con el apoyo de un hombre fuerte, la confianza de los henriquistas en llegar al poder por la vía electoral, derrotando la sólida maquinaria del partido oficial, parece francamente descabellada. Sin embargo, el nuevo partido fue bien recibido por grupos que hasta entonces no habían manifestado simpatía por el henriquismo. En primer lugar, por otros partidos de oposición, como el Partido Popular que, dejando a un lado su opinión sobre la personalidad de Henríquez, consideraba que "cada partido democrático es un factor para la supresión del monopolio político, institución que tanto daña el desarrollo de la política nacional";⁷ en segundo lugar, por estudiantes y profesionistas que deseaban la existencia en México de una democracia según las mejores tradiciones occidentales, donde hubiera juego libre de partidos, no se resintiera la maquinaria aplastante del PRI y se pudiera dar rienda suelta a las críticas contra la acción gubernamental. Un nuevo sector político se sumó entonces a las filas henriquistas: los miembros de las clases medias convencidos de las bondades innegables de un sistema pluripartidista, los que no se sentían representados por la CNOP y tampoco atraídos por el radicalismo del Partido Popular ni por el clericalismo del PAN.

En el medio rural, la acción a favor de Henríquez se organizó principalmente a través de la Unión de Federaciones Campesinas formalmente constituida el día 28 de julio de 1951 en el teatro Arbeu de la ciudad de México. A su inauguración asistieron 2 000 representantes de federaciones existentes a lo largo de la república, que manejaban los siguientes lemas: "por la

⁶ Lázaro Cárdenas, *Obras*, volumen 2, México, UNAM, pp. 452-453.

⁷ *El Popular*, 31 de marzo de 1951.

inviolabilidad del ejido”; el “respeto a la pequeña propiedad”, y “las tierras irrigadas de Matamoros para los campesinos pobres y no para los nuevos latifundistas de la revolución”. Los acuerdos principales adoptados allí fueron retirarse de la CNC y luchar en favor de la candidatura de Henríquez Guzmán.⁸

Entre los obreros, el apoyo a Henríquez se organizó de manera distinta. Se evitó promover “sindicatos henriquistas” lo que, casi indefectiblemente, hubiera llevado a un enfrentamiento con los líderes de la poderosa Confederación de Trabajadores de México. Se trató, simplemente, de popularizar la personalidad del general para que los obreros votaran a su favor en el momento de la elección presidencial. En estas circunstancias, la información sobre el alcance de la penetración henriquista en las filas obreras es muy difusa. Se puede pensar, válidamente, que allí donde hubo líderes obreros henriquistas, las posibilidades de que los grupos donde ejercían influencia votaran por el general fueron grandes; tal sería el caso de las secciones del Sindicato Ferrocarrilero donde tenía ascendencia Juan Gutiérrez, conocido henriquista que fue gerente de los FFCC en la época de la gestión obrera y ex-secretario de acción política de la CTM. En otro orden de cosas se sabe que los mineros de Nueva Rosita, después de buscar infructuosamente el apoyo del gobierno federal a su movimiento de huelga, fueron en 1951 a expresar su apoyo al general.

Las clases medias participaron en el henriquismo a través de mítines que organizaron en las principales plazas públicas; allí, jóvenes estudiantes y profesionistas encontraron una buena ocasión para dar rienda suelta a sus inquietudes políticas y a su malestar por la forma en que el alemanismo había manejado la cosa pública. Ahora bien, ¿cuál era la alternativa política y económica ofrecida por los henriquistas?, o, en otras palabras, ¿cuál era la ideología henriquista?

A diferencia de movimientos de oposición anteriores como el almanismo, y en menor grado el padillismo —que se presentaron como francamente reaccionarios— el henriquismo presentó oposición en nombre mismo de la revolución. En el desplegado aparecido el 30 de marzo de 1951 en los principales diarios del país exponiendo “a grandes rasgos los principios y normas generales que han de inspirar el programa de la Federación de Partidos del Pueblo”,⁹ los henriquistas declaraban “no apartarse ni un ápice de los ideales de la revolución mexicana; hacen suyo y proclaman como metas los principios consagrados en la Constitución de 1917”.

Es decir, su llamado iba dirigido a quienes creían que las soluciones propuestas por la Revolución mexicana a los problemas del país eran “certeras

⁸ *Tiempo*, 3 de agosto de 1951.

⁹ *Excelsior*, *El Nacional*.

y eficaces". Pero ocurría que un partido poderoso venía hablando en nombre de los mismos principios desde 1929, por lo que la existencia de uno nuevo sólo podía justificarse en la medida que "aquél se había desviado, negando los ideales de la revolución". Para los henriquistas, tales desviaciones se advertían en la evidente inmoralidad administrativa, la burla del voto ciudadano y la formación de grupos privilegiados que "hacen del poder público un botín particular".¹⁰

En las circunstancias anteriores, los henriquistas creían que un cambio de hombres en el poder sería suficiente para retomar el camino perdido y proceder a la solución de los problemas más urgentes del país, que según ellos eran: el encarecimiento de artículos de primera necesidad; la marcha de la reforma agraria que había tenido como resultado la miseria campesina; la situación del movimiento obrero, y el escaso respeto a los procedimientos democráticos. El pensamiento de la FPP con respecto a la forma de solucionar semejantes problemas no fue muy elaborado. De manera un tanto esquemática proponía "hacer más atractiva la producción de alimentos poniendo fin a la política de precios bajos a los productos del campo"; que las "obras de riego se hicieran en tierras que se otorgarían a los verdaderos campesinos y no a unos cuantos privilegiados del régimen"; finalmente en materia sindical, la FPP luchaba por "la independencia de las organizaciones del poder público y el mantenimiento efectivo del derecho de huelga".¹¹

Si tomamos en cuenta las tendencias de la política mexicana en aquellos años, los postulados anteriores, por esquemáticos que parezcan, eran revolucionarios. Pero, en realidad, como organización considerada de izquierda la FPP no llegaba muy lejos. Con excepción de la repartición de latifundios, no pedía cambios en la propiedad de los medios de producción ni se pronunciaba por una mayor intervención del Estado en la economía; más aún, al referirse a este último, algunos henriquistas se habían revelado francamente conservadores al proponer:

Acabar con la nociva intervención del Estado en las actividades mercantiles y consecuentemente luchar para que se mantenga a los ciudadanos, y de acuerdo con los mandatos constitucionales, el derecho exclusivo de emprender y manejar los negocios.¹²

Por lo demás, es curioso notar que el ideario henriquista no prestaba atención al tema del crecimiento industrial y la consiguiente penetración de nuevas formas de inversión extranjera que comenzaban a instalarse en la industria manufacturera mexicana. Y esto, cuando el tema era preocupa-

¹⁰ *Ibidem.*

¹¹ *Ibidem.*

¹² *El Popular*, 24 de agosto de 1950.

ción constante del Partido Popular encabezado por Lombardo Toledano, de los intelectuales de izquierda que se venían expresando en el Círculo de Estudios Mexicanos o en la revista *Problemas Agrícolas e Industriales*, y de una agrupación patronal, la Cámara Nacional de la Industria de la Transformación. La indiferencia de los henriquistas por las nuevas formas de vinculación con el capital extranjero sugiere que su visión de los problemas del país era anacrónica, correspondía a los años de preguerra y no era capaz de incorporar la problemática gestada por las transformaciones económicas más recientes.

Sin embargo, la pobreza ideológica de la FPP no parece haber sido obstáculo para que conquistara votos a favor de Henríquez Guzmán. Sus líderes tenían ascendencia entre grupos obreros y campesinos; podían beneficiarse del sordo descontento que habían provocado entre la población las rectificaciones en materia obrera y agraria de Alemán; finalmente, ofrecían a los habitantes de las zonas urbanas, irritados por la corrupción administrativa, la posibilidad de ejercer un "voto de protesta" que no hubieran concedido a los partidos más definidos de la izquierda o de la derecha.

Pero, aunque los henriquistas alegan el triunfo indiscutible de la FPP en algunos estados, el recuento oficial apuntó en otra dirección. Los datos de la Comisión Nacional Electoral para las elecciones de 1952 señalaron que la federación no logró mayoría en ninguna de las entidades de la República; dentro del total de votos para la presidencia conquistó 579 745 contra 2 713 745 para Ruiz Cortines.¹³ La cifra concedida a Henríquez fue la más alta reconocida a la oposición desde 1929; bastante más abultada que los 285 555 votos atribuidos al PAN o los 70 000 al Partido Popular. Si esto último era significativo, no menos cierto era que los henriquistas no adquirirían así posibilidad alguna de participar seriamente en el ejercicio del poder. Terminado el proceso electoral, el grupo disidente de la familia revolucionaria se encontraba, pues, ante el difícil problema de qué hacer.

II. LA DISOLUCIÓN DEL HENRIQUISMO

La primera decisión de los henriquistas al conocerse los resultados oficiales de las elecciones fue hacer actos donde se pusiera en duda el "triunfo arrollador" del partido oficial. En la ciudad de México se convocó a un gran mitin en la Alameda con objeto de denunciar el fraude electoral y proclamar la victoria del general Henríquez. Pero pasadas las elecciones, las autoridades no encontraban justificado que, con objeto de preservar una imagen

¹³ Datos tomados de Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, Editorial Era, 1964.

democrática, se permitieran actos públicos donde se lanzaban críticas al gobierno. La represión, por lo tanto, no se hizo esperar. El mitin fue recibido por policías y granaderos que dejaron varios muertos, decenas de heridos y aprehendieron a quinientos henriquistas.¹⁴ De esta manera las autoridades advirtieron claramente que la agitación callejera ya no estaba permitida a la FPP.

Concentrados en la actividad electoral, los henriquistas no habían formulado objetivos y estrategias a largo plazo. De allí que, a partir de julio de 1952, fuera muy difícil prever cómo se organizaría la FPP y, en términos más generales, qué función cumpliría en la vida política del país. Lo cierto es que el desmembramiento de la organización no tardó en manifestarse. Los caminos seguidos por los líderes henriquistas una vez forzados a admitir los resultados electorales, fueron diferentes y, en cierta medida, revelaron las motivaciones iniciales que los habían llevado a integrar la federación. Quienes querían participar, *per se*, en el ejercicio del poder optaron por reconciliarse con el gobierno, lo que les permitió obtener, casi de inmediato, altos puestos en la administración pública.¹⁵ El gobierno ruizcortinista contribuyó a facilitar esta opción, al recibir con los brazos abiertos a los henriquistas deseosos de reintegrarse al seno de la familia revolucionaria, y al hacer suyas algunas ideas henriquistas, como la lucha contra la corrupción y la necesidad de abaratar los artículos de primera necesidad.¹⁶ Es así como posteriormente encontraremos en altos mandos políticos a personalidades que fueron henriquistas entusiastas como César Martino, Antonio Ríos Zertuche o Marcelino García Barragán.

Los profesionistas que habían entrado a la FPP por la oportunidad de ejercer en ella prácticas democráticas decidieron retirarse al ejercicio privado de su profesión, desde donde se dedicaron a reflexionar sobre su descontento con la vida política del país. Finalmente, un grupo pequeño de tendencias aventureristas acarició el proyecto de una rebelión armada, idea que se discutió frecuentemente en las filas henriquistas y fue rechazada, firmemente, por el general Henríquez Guzmán. De este grupo surgió posible-

¹⁴ *Excelsior*, *El Nacional*, 8 de julio de 1952.

¹⁵ Por ejemplo, la revista *Tiempo* informaba el 22 de junio de 1953 que César Martino, uno de los principales organizadores de las federaciones campesinas de orientación henquista, "anunció que don Adolfo Ruiz Cortines le había conferido una comisión con amplias facultades para intervenir en la rápida resolución de algunos asuntos relacionados con problemas campesinos".

¹⁶ Es interesante hacer notar que elementos de la "nueva imagen" proyectada por Ruiz Cortines, como la lucha contra la corrupción, fueron tomados de la ideología proclamada por Henríquez.

mente la idea del asalto al cuartel de Ciudad Delicias, Chihuahua, en enero de 1954.¹⁷

Los diarios de la capital publicaron, con bastante retraso, noticias sobre lo que se llamó una “burda intentona sediciosa”. Según informes, un grupo de individuos armados había querido apoderarse del cuartel de Ciudad Delicias, la noche del 14 de enero, pero todo permitía pensar que el ataque era esperado y los soldados parapetados en la azotea recibieron a los asaltantes con descarga cerrada.¹⁸ Se decía, también, que mientras era atacado el cuartel, otro grupo había intentado infructuosamente apoderarse de la Comandancia de policía.¹⁹ El gobernador interino del estado, Alberto Rico, echó todo el peso de los acontecimientos sobre los henriquistas al declarar:

El grupo político henriquista que desde hace tiempo ha tenido el propósito de provocar agitación en el Estado se presentó en la madrugada frente a la guarnición de la plaza de Ciudad Delicias... de acuerdo con el resultado de las investigaciones practicadas, los cabecillas o dirigentes de este fracasado intento son Emiliano Laing, ex-alcalde de Delicias y Rosendo Pérez, ex-candidato a presidente municipal de la capital del estado por el partido henriquista...²⁰

El episodio, que con justeza o no se atribuía a los henriquistas, parece haber sido definitivo para apresurar la decisión del gobierno de aniquilar a la Federación de Partidos del Pueblo. Tenía bases legales para ello en los artículos 29 y 41 de la ley electoral vigente. De acuerdo con el artículo 41, todo partido político debidamente registrado tiene facultades para “ocurrir a la Secretaría de Gobernación para que investiguen las actividades de cualesquiera de los otros partidos a fin de que se mantengan dentro de la ley”. La cancelación definitiva “procede cuando deje de cumplirse con las obligaciones del artículo 29”. A su vez, éste dispone en su sección II que todo partido debe “obligarse a normar su actuación pública por los preceptos de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos y a respetar las instituciones que ella establece”.²¹ La Secretaría de Gobernación tiene las facultades para determinar las circunstancias que permiten afirmar que un partido no ha cumplido con semejantes obligaciones.

¹⁷ No es sorprendente que hubiera en las filas henriquistas quienes se pronunciaran por una asonada militar; había entre ellos generales que hubieran podido lograr el control de algunas zonas militares, sobre todo en estados donde tenía arraigo el henriquismo, como Coahuila. Pero partiendo de una apreciación realista de la situación militar a nivel nacional, y de la fuerza de las organizaciones obreras y campesinas controladas por el gobierno, el general Henríquez nunca compartió esos proyectos.

¹⁸ *Excélsior*, 18 de junio de 1954.

¹⁹ *La Nación*, 24 de enero de 1954.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ “Legislación electoral mexicana”, publicación del *Diario Oficial*, Secretaría de Gobernación, México 1973, p. 431.

Con estos antecedentes, el incidente elegido para iniciar el ataque contra la FPP fue la manifestación del 5 de febrero de 1954 convocada por el Partido Constitucionalista, aliado a la FPP durante las elecciones de 1952. Según la versión de los acontecimientos dada por la Secretaría de Gobernación,

Después del mitin los concurrentes, muchos embriagados intencionalmente, recorrieron varias calles de la ciudad profiriendo injurias contra las autoridades federales. Al frente del grupo iba el Presidente del Comité de la Federación de Partidos del Pueblo en el Distrito Federal... En la plazuela del Salto del Agua los manifestantes en forma tumultuaria agredieron a viandantes y a los propietarios de los puestos que se encontraban en las calles adyacentes... al intervenir la policía del Distrito Federal el grupo que había provocado el desorden agredió disparando armas de fuego... La fuerza pública detuvo a un grupo de manifestantes.²²

Aunque había motivos para dudar de la verosimilitud de semejante información, las figuras políticas más importantes del país la aceptaron de inmediato y procedieron a solicitar la desaparición de la FPP. Los primeros en actuar fueron un grupo de senadores que se encontraban en la ciudad de Veracruz acompañando al Presidente Ruiz Cortines; desde allí, redactaron un documento encabezado por Teófilo Borunda donde declaraban:

Se impone la necesidad de que la autoridad electoral competente acuerde la cancelación del registro de la Federación de Partidos del Pueblo sin perjuicio de que se ejercite la acción penal contra los autores materiales e intelectuales y de que el gobierno, abandonando la actitud de inmerecida tolerancia hasta hoy observada, obre con el rigor que exige la protección que debe prestar a los altos intereses de la comunidad.²³

Al día siguiente, la prensa estaba literalmente inundada de desplegados, comunicados, telegramas, donde las organizaciones afiliadas a los sectores obrero, campesino y popular del PRI denunciaban "el carácter subversivo" de la FPP y pedían "todo el peso de la ley sobre los agitadores".²⁴ Respondiendo a estas solicitudes, el presidente del partido convocó a los miembros del Comité Ejecutivo Nacional que, en ejercicio de los derechos reconocidos en la ley electoral, solicitó a la Secretaría de Gobernación la cancelación del registro de la FPP como partido político. En su solicitud, el ataque a la organización henriquista giraba en torno a tres temas: "desde su origen la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano aparece como un instrumento político al servicio de un hombre, como un organismo electoral carente de

²² Con base en esta versión se formula la decisión de la Secretaría de Gobernación respecto a la FPP. *El Nacional*, 27 de febrero de 1954.

²³ *Excelsior*, 7 de febrero de 1954.

²⁴ Ver la prensa capitalina del 10-20 de febrero de 1954.

principios"; la FPP "ha recurrido a la insidia, la calumnia, la diatriba, la prédica demagógica y la incitación a la violencia"; por último, "de la etapa inicial de infundios pasó la federación al terreno francamente delictuoso, imprimiendo a su actuación política un sello abiertamente ilegal revelador del propósito no disimulado de adueñarse de poder público a toda costa . . ."²⁵

Como era de esperarse, la Secretaría de Gobernación dio entrada a la solicitud para cancelar el registro de la FPP y el 24 de febrero emitió su dictamen en el que, después de referirse a los acontecimientos de Ciudad Delicias y al mitin del 5 de febrero, concluía:

De todo lo expuesto se desprende la comprobación plena de que la Federación de Partidos del Pueblo mexicano reiteradamente ha faltado al cumplimiento de las normas legales que rigen el funcionamiento de los partidos políticos. En consecuencia se está en el caso de proceder a la cancelación definitiva de su registro como partido político nacional permanente, cancelación que según el ya citado artículo 41 de la Ley Electoral Federal implica la disolución de dicha agrupación política.²⁶

De esta manera, y sin despertar mayores conmociones en la vida política del país, el gobierno aniquiló a la Federación de Partidos del Pueblo. La impunidad con que actuó en su contra se vio favorecida por diversas circunstancias entre las que sobresale la evolución ocurrida en las filas henriquistas. Lo cierto es que al decidirse la disolución de la FPP, pocos de sus líderes estaban dispuestos a protestar vivamente. Algunos de ellos no podían hacerlo porque habían sido encarcelados después de los acontecimientos del 5 de febrero, pero cabe aclarar que se trataba de personalidades menores; aquellos con mayor peso político debido a su influencia en las filas del ejército o entre los grupos campesinos, como García Barragán o César Martino, ya estaban dispuestos a colaborar con el nuevo gobierno. Eran líderes que experimentaron dudas y descontento frente a las medidas, sobre todo en el terreno de la reforma agraria, que fueron alejando a la Revolución mexicana de sus metas pregonadas de justicia social. Lo interesante es preguntarse hasta dónde estaban dispuestos a luchar por un cambio cuando, al mismo tiempo, tenían la firme convicción de que no debían ponerse en duda las bondades del sistema emanado de la revolución. La historia de la FPP demostró que, dentro de tales condiciones, la lucha no podía llegar muy lejos. Se caracterizaba por la confianza en la fuerza de las personalidades para mejorar, sin cambiar demasiado el *statu quo*, la situación del país. De allí a creer que la buena voluntad de Ruiz Cortines sería suficiente para remediar los problemas que había dejado el alemanismo no había más que un paso. Su reintegración a las filas del gobierno era de esperarse.

²⁵ *Excelsior*, 12 de febrero de 1954.

²⁶ *El Nacional*, 27 de febrero de 1954.

Quienes quedaron a la deriva fueron los grupos populares, principalmente campesinos, que apoyaron al henriquismo. La posibilidad de que se mantuvieran como grupo organizado de oposición era muy remota; por una parte, la CNC había iniciado una fuerte campaña que incluía desde la represión hasta el ofrecimiento de diversas ventajas para recuperar a quienes se habían afiliado a las federaciones henriquistas. Por otra parte, tales organizaciones se habían creado para expresar el apoyo a personalidades, y no para formar verdaderos grupos políticos independientes. Cuando los líderes desaparecieron, las organizaciones campesinas henriquistas se disolvieron fácilmente y sólo dejaron inquietudes difusas que explican, años después, la presencia de henriquistas en organizaciones como la Central Campesina Independiente (CCI) creada en 1963.

En otro orden de cosas, la desaparición de la FPP fue un buen ejemplo del enorme poder del gobierno para decidir la vida y actividades de los partidos políticos en el país. Diversos factores propiciaron que la Secretaría de Gobernación concediera, con relativa facilidad, el registro al partido henquista. Pero la experiencia demostró que tiene un alto poder discrecional para interpretar la ley electoral de manera que, llegado el momento, le fue posible cancelar el registro con la misma facilidad. La capacidad del gobierno para movilizar a todas las organizaciones de trabajadores afiliadas al PRI y crear un verdadero "clamor popular" solicitando la disolución de un partido político, sirven para legitimar las medidas que tome la Secretaría de Gobernación.

El henriquismo fue la prueba de que en el México de los cincuenta ni las opciones ofrecidas por la izquierda de la familia revolucionaria ni las posibilidades ofrecidas por los partidos legalmente reconocidos eran suficientes para que se articulara una oposición al gobierno capaz de presionar para una revisión de las medidas contrarrevolucionarias adoptadas en los años cuarenta. Queda por preguntarse si las cosas han cambiado y veinticinco años después el sistema político mexicano permite que por esos mismos caminos se hagan rectificaciones a políticas impuestas desde hace varios años o se abran las puertas para una mayor democracia en la vida del país.